

Sara antes del fuego

Geney Beltrán Félix

A ratos se buscaba el reloj en la muñeca. Las 3:42. Estaba en el sofá; de su izquierda llegaba la luz de la lámpara. Y el resto, a oscuras. De vez en cuando escuchaba ruidos de motores, ninguno se detenía frente a la casa. Sara se mantenía erecta, sin apelar al respaldo del sofá: más allá del cansancio y el sueño, la espera de Beto lograba sostenerla lejos de la cama. Sus dos hijos menores tenían ya varias horas durmiendo en su recámara. Las 4:30.

Buscaba no pensar. Beto llegaría pronto. Sara se hundía en un sopor acuoso, una forma de inconsciencia. Las 4:51. Poco después escuchaba el motor de un auto deteniéndose. Caminó hacia la puerta. Luego de pasar a un lado de la camioneta y el auto, en la cochera, le llegaron gritos alegres de la calle. Abrió.

—Piiiiinches güeyes, les dije que sí...

Era la voz de Beto, trabada y aguardentosa; lo venían sosteniendo dos amigos. Cuando ellos la vieron:

—Buenas noches, señora —murmuraron.

Traía Beto la mirada vidriosa, diluida.

—¡Mamá! ¡Óyeme, vete a dormir! —gritó. Ante el silencio de Sara, dijo luego—: ¿Qué hoooooras son éstas de andar de pie, señooooora y jeeeeefa?

Beto, una carcajada. Los amigos seguían sosteniéndolo. Al acercarse a la puerta, uno de ellos, Dante, dijo a la mujer:

—Se le pasó la mano con las cheves...

Sara no respondió.

—¡Es que ganamos! —gritó Beto—. Sólo por dos goles, bah...

—Muchachos, ya saben el camino —dijo Sara. Los dejó pasar, cerró la puerta y los condujo al cuarto de su hijo, en la planta alta. Beto seguía gritando, se tropezó dos veces en las escaleras—. ¡Ya cállate! —soltó la madre. Los amigos lo dejaron caer en la cama. La mujer le puso una cobija, le quitó un mechón que le caía sobre los ojos—. Los acompaño, jóvenes.

Bajaron, ella abrió la puerta; cuando salía, Dante repuso:

—No se preocupe, señora, ya se le pasará...

—Mañana —dijo ella, fría.

—Sí, pero, digo, es una racha esto de tomar tanto...

—Buenas noches —lo interrumpió mientras cerraba la puerta.

Ya de vuelta en la recámara de Beto, le quitó los zapatos y volvió a cubrirlo. Se dirigió a su cuarto, se sentó en el borde de la cama y le hubo de llegar entonces la arisca voz de Alberto:

—¿Ya llegó el cabrón ése?

—¿Beto? Sí... —murmuró.

El grueso cuerpo del hombre se dio media vuelta y se dedicó pronto a roncar.

Sara permaneció sentada un rato aún. A pesar del cansancio, no deseaba acostarse: era como si la cama fuese una llanura inhóspita con agudos hilos metálicos esperando la dócil espalda, y ante su rostro bufara un viento astillado por el frío. Tenía frecuentemente sueños inquietos y persecutorios, de aire que falta, pies desnudos en el agua y cuerpos pesados y gelatinosos sofocando el suyo.

—¿A qué horas llegaste?

Alberto estaba sentado a la mesa cuando el hijo, despeinado y somnoliento, bajó las escaleras y se dirigió al refri.

—No sé... Las 2:30, creo...

Alberto dirigió una mirada a su esposa, que revolvió los huevos con jamón.

—¿Eran las dos, vieja?

—No sé, no me fijé...

—¿Cómo que no te fijaste?

—Como las tres...

—Pazguatita —carraspeó.

El hombre suspiró. Beto, indiferente, había sacado del refri una lata de cerveza.

—¿La vas a seguir hoy?

Sara sintió como si vidrios finísimos se deslizaran en sus oídos.

—¡Ay, pá! Sólo un traguito...

Alberto se levantó.

—Sara, deja esos pinches güevos...

—¿Mande?

—Tráguenselos tú y los plebes. Este cabrón y yo vamos a salir un rato.

Beto se sorprendió. Ya le había dado un trago a la cerveza.

—¿Aónde vamos, pá?

—Por un coctel de camarones, puto.

Sara vio a su esposo e hijo cruzar la sala y subirse a la camioneta.

Poco después había cesado el ruido del motor.

A la una, Sara y los dos niños regresaron de la iglesia. Al abrir la cochera, ella advirtió que el espacio de la camioneta estaba aún vacío. Antes de apagar el motor del Tsuru vio a Guido y Emilio que descendían del auto empujándose.

—¡Estéense quietos, plebes! —gritó una vez más, mientras los chamacos entraban en la sala corriendo y encendían la televisión.

Guido era el de en medio, de trece años; Emilio, de once. El mayor era Beto (diecisiete).

Al entrar a la sala, vio la mujer escenas de un partido de futbol americano en la pantalla. Subió las escaleras. Apenas llegó a la recámara, sonó el teléfono.

—¿Bueno?

—...

—¿Bueno? ¿Quién habla?

—...

Sara se mantuvo en silencio hasta que colgaron del otro lado.

—¡Putas de mierda! —aulló, pero fue como si la recámara, herida, le regresase el grito, exhibiéndola. Sofocada empezó a llorar.

Guido subió las escaleras y cuando pasó frente a la recámara de sus padres, escuchó y vio a su madre, hipaba. Silbando, siguió su camino hacia el cuarto del fondo.

Le empezó a salir un poco de sangre del dedo cordial de la mano izquierda. “¡Qué imbécil!”, musitó, enojada. Dejó las mitades de limón sobre la tabla y puso el dedo bajo el chorro de la llave. Vio cómo el agua fluía primero traslúcida y, luego de pasar por su piel, tenuemente enrojecida. Se acercó a la estufa: quitó la tapa al sartén, ya estaba la carne con papas, le apagó al piloto.

Guido seguía en su cuarto y Emilio en la sala, viendo la tele. Apenas tuvo lista la limonada, Sara vio el reloj en su muñeca: las 5:15. Ella, en ese instante, más que cansada, vacía. Las tardes de domingo no tenían telenovelas.

En eso, se oyeron los timbridos del teléfono. Descolgó ahí mismo en la cocina.

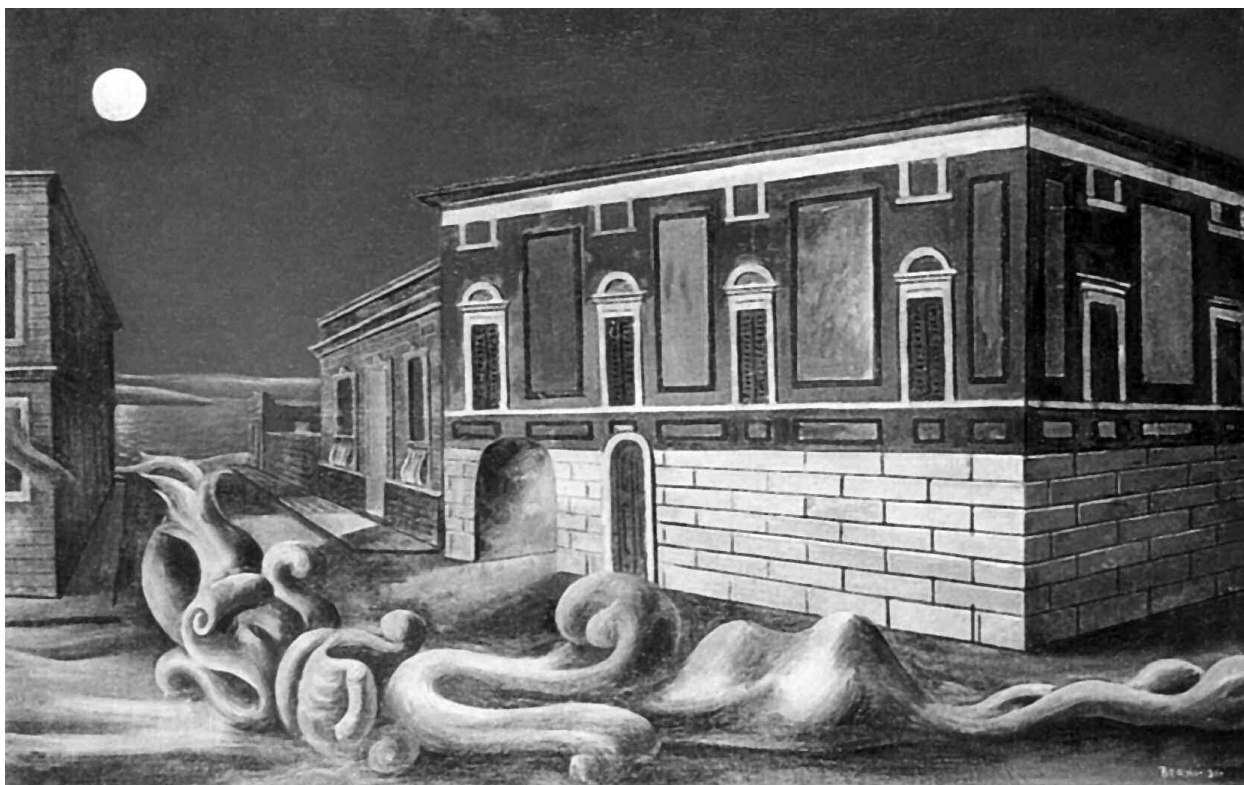
—¡Oye, vieja! ¿No me ha hablado nadie?

—Alberto, vénganse a comer. Ya está listo...

—¡Que si no me ha hablado nadie!

—N-no...

—Bueno, adiós.



Antonio Berni, *Sueño de una noche de verano a orillas del lago Garda*, 1931

La mujer se dirigió a la sala.
—Milio, dile a tu hermano que baje a comer.
—Ajá.
—Milio.
—¡Ya voy!

El chico se levantó del sofá y se acercó a las escaleras.
—¡Patas! ¡A tragar, güey!

El chamaco regresó al sofá. Su madre, de pie en la entrada de la cocina, veía, aunque distante, la pantalla del televisor.

Se sentó al comedor. Eran las 5:23.

Alberto y Beto, ebrios, llegaron a las 11:30. Sara cabeceaba en el sofá, Guido y Emilio dormían ya en su cuarto. Ella tuvo que meter la camioneta en la cochera. Su esposo la había dejado encendida frente al portón. El hijo venía feliz, gritoneando. Estuvieron los dos sentados en la sala mientras distinguían, divertidos, a la mujer que maniobraba. Cuando ella hubo cerrado la cochera, los tres caminaron hacia la planta alta; atrás iba Sara apagando las luces. El joven se cayó dos veces al subir, pero cuando logró llegar a su cuarto, el primero en el pasillo a la izquierda, cayó como una tabla en el colchón.

Antes de apagar la luz, Sara vio cómo Alberto lucía la mirada rojiza. Salieron al pasillo. El hombre balbucía palabras obscenas. Cuando llegaron a la recámara, la segunda puerta a la izquierda, Sara lo ayudó a sentarse sobre la cama y, de hinojos, le quitó los zapatos. Empezaba ya a sacarle el cinturón cuando sintió en la mejilla derecha un puñetazo.

—¡Pendeja! —chilló Alberto, la mano ahora en alto.

Con Sara en el suelo y gimoteando, el hombre se puso de pie y le dio una patada. Apenas se hubo quitado el cinturón, le lanzó un rayazo a su esposa. Ella se había levantado para entonces y pronto corría hacia la puerta del cuarto y el pasillo; él gritó “¡Pendeja!”, y cuando Sara iba ya en las escaleras, Alberto se tropezó y dio con su costaludo cuerpo en el piso. Ahí encontró el sueño.

Sara se recostó en el sofá, en la planta baja. Todo estaba a oscuras. Sentía a su alrededor aullidos de timbres agudísimos que la jalaban a la sordera. No pensar. Sollozó un rato. ¡Eres una bruta! Con los dedos de la derecha se sobó ligeramente el dedo cordial de la mano izquierda; se lo llevó a la boca, le olía a limón y sangre. Una lágrima se le escabulló. Gimoteó y luego nada. No. Fue al principio un tímido murmullo ante el ruido interior de su rabia.

No, insistió. No habría de.

Hirviente se irguió su cuerpo —eran las 11:51 de la noche— y caminó, respirando con fuerza, a la salida. Sus ojos miraron la noche desde la cochera: no pasaba gente, el aire estaba detenido y se veían las luces tibias de los faroles: sólo ruidos lejanos de autos y en todas partes, más allá del muro real del aire, entreveía ojos rojizos, fúricos, obesos rostros llamándola.

Caminó dos pasos hacia la banqueta. **U**

Geney Beltrán Félix (Culiacán, 1976).



Antonio Berni, *El tanque blanco*, 1955